

UNA PEQUEÑA HISTORIA DEL DIBUJO

Manuel Barrios

Prólogo

Recuerdo que era un día claro y soleado de Primavera y como tantas otras veces, mi hermana Isabel, aprovechando la llegada del buen tiempo, había invitado a toda la familia a pasar el día en la pequeña casita que tenía en el campo. Besos, abrazos, risas, niños correteando por aquí y por allá... A media mañana ya habíamos llegado todos. Y como solía ser costumbre, después de una buena comida, se nos echó la tarde encima sentados alrededor de la mesa, bajo aquel árbol que habíamos visto crecer de cita en cita. Y como también solía ser costumbre en casi todas las reuniones familiares, me quedé embobado mirando las musarañas mientras los demás charlaban animadamente de sus cosas. De pronto, me acordé de que en una de las habitaciones de la casa había visto un bloc de dibujo. Probablemente pertenecía a alguno de mis sobrinos. Fui a buscarlo y al regresar volví a ocupar mi lugar sin que los demás hubieran notado mi ausencia. Miré a mi alrededor dejándome llevar por el rumor de la brisa que canturreaba entre los árboles. Mis ojos eran un barco navegando por un mar de luces y de sombras, de líneas que subían y bajaban, cruzándose, formando volúmenes donde se acumulaban texturas, perfiles, detalles del pequeño mundo que me rodeaba. No sé por qué, mi mirada quedó varada ante una vieja olla y unas patatas que habían quedado olvidadas

cerca de la barbacoa donde, unas horas antes, se había estado preparando la comida. Moví discretamente mi silla y me acomodé para colocarme a favor de la escena. Saqué un lápiz que siempre llevaba en el bolsillo y me dispuse a disfrutar lo que quedaba de tarde, dibujando aquella vieja olla y aquellas patatas que parecían hacerle compañía.

Durante un instante contemplé aquellos objetos con el cariño que inspiran las cosas abandonadas. La sombra de los árboles parecía acogerlas delicadamente, perfilando sus contornos contra las luces que aún se esparcían aquí y allá por el jardín. Era interesante el contraste que ofrecía la superficie lisa y brillante de aquella vieja olla esmaltada, frente a la rugosidad de las patatas. Poco a poco, sin prisas, fui tanteando el terreno: un trazo por aquí, otro por allá, pequeñas marcas para situar la escena en el papel,...era como hacer un mapa. Si alguien se hubiera fijado en aquel momento en lo que estaba haciendo, probablemente no hubiera entendido nada y sin embargo mis ojos ya eran capaces de ver la vieja olla y las patatas atrapadas en aquella maraña de garabatos que había trazado sobre el papel. Y así, llegado el momento, decidí avanzar con más confianza. Mi mano dejó de moverse con pequeños impulsos y como si estuviera acariciando en la distancias aquellos objetos, empezó a pasear el lápiz por el papel: las asas de la olla, la oronda curva de su barriga, algunas manchas esparcidas por la piel de las patatas, las sombras proyectándose unas sobre otras,... Como se suele decir, la escena empezó a tomar vida. Mientras, la animada conversación de mis familiares se iba convirtiendo en un

rumor lejano del que a veces me llegaban algunas palabras sueltas.

Me gusta dibujar. Me gusta mucho dibujar. Dibujo desde que era un niño. Se hacer muchas cosas, he tenido muchos trabajos pero siempre, hasta donde llega mi memoria, siempre, he llevado conmigo un lápiz en el bolsillo. Aquella tarde me encontraba a gusto en casa de mi hermana. Es lo que a veces tiene de bueno la familia, que aunque seas diferente y pase lo que pase siempre te quieren tal como eres. Por eso y a pesar de no participar en aquella charla tan animada, pude permitirme el lujo de ensimismarme en mi propia fantasía, de separarme de ellos estando a la vez con ellos. No se, quizás lo que me ocurrió aquella tarde es que me encontraba tan bien y tan tranquilo, después de aquella espléndida comida, acompañado por mis familiares, que no quería que aquel momento se acabara. Y como si quisiera atrapar el tiempo, mi lápiz recorría la hoja de aquel bloc infantil mientras tenía la sensación de que mis ojos tocaban con manos diminutas y delicadas aquella vieja olla y aquellas patatas que parecían estar tan al margen del mundo como lo estaba yo mismo.

En fin, el caso es que ya se distinguía con cierta claridad la escena sobre el papel cuando las primeras sombras de la tarde empezaron a convertir aquella olla y aquellas patatas en un amasijo de sombras amontonadas en una silueta. Mi mano volvió a aquellos movimientos impulsivos del principio, pero esta vez para ultimar detalles, sin sentir el vértigo de la hoja en blanco, recreándome, con la seguridad de poderme apoyar en mis propias convicciones. En un

momento determinado tomé el bloc con mi mano izquierda, extendí el brazo y después de entornar los ojos para tener una mejor visión de conjunto, me dispuse a dar los últimos toques de gracia. Pero fue precisamente entonces, al distanciarme por primera vez de lo que estaba haciendo, cuando me di cuenta de que mi madre me había estado mirando durante todo el tiempo sin haberme percatado de ello. – *¡Qué bonito!*- me dijo. Yo me ruboricé por un instante. Le di un beso de agradecimiento y continué como si nada hubiera pasado. Aunque la verdad es que sí había pasado algo. Mientras paseaba el lápiz por el papel como quien busca ya la puerta de salida no podía dejar de preguntarme por qué me había ruborizado ante la observación de mi madre. Parecía una tontería, sólo era un comentario, un halago sencillo y directo, sin más y sin embargo no podía dejar de pensar en ello. Al cabo del rato di el dibujo por terminado y lo guardé entre mis cosas. Cuando me uní a los demás ya empezaba a ponerse en marcha el ritual de las despedidas. Besos, abrazos, risas, alguna criatura rendida ya por el sueño, ... Cuando llegué a casa ya era de noche. Me quedé dormido dándole vueltas y más vueltas a mi pregunta: ¿por qué me había ruborizado ante mi madre? Buscar la respuesta a esa pregunta es lo que me ha hecho escribir esta Pequeña Historia del Dibujo.

LOS AMIGOS DE NASREDDÍN

(Capítulos sobre experiencias en otros países: Marruecos, Egipto, Colombia...)

I

Nunca antes había estado en Marruecos y me hacía ilusión conocer el país invitado por Gloria. Hacía mucho tiempo que no la veía. Gloria había sido mi profesora de Historia del Arte cuando estudiaba bachillerato, allá, por los años setenta. Tanto para mi como para el resto de mis compañeros de entonces, Gloria había sido una profesora muy especial. Alegre, inquieta, era muy joven cuando la conocí y recuerdo que el primer día de curso uno de mi clase la confundió con una alumna y le dio un beso en el patio. Profesoras que parecían alumnas y alumnos que se confundían con las profesoras, los tiempos estaban cambiando y de hecho el instituto donde estudiábamos tampoco era un instituto como los demás. Se llamaba Instituto Experimental Piloto *Joanot Martorell* y en él los alumnos éramos un poco como conejillos de indias, pues se ponían a prueba con nosotros nuevos métodos de enseñanza antes de ser implantados en otros centros. No utilizábamos libros de texto, leíamos directamente obras originales; debatíamos en clase mientras el profesor se limitaba a tomar nota y hacer de moderador; experimentábamos los problemas de ciencias y matemáticas y sacábamos nuestras propias conclusiones para luego contrastarlas y nos preguntaban la nota antes de calificarnos... sometidos aún por la dictadura, un refugio en el que se mezclaban los hijos de la alta burguesía, progresista e ilustrada, con ciertos elementos del radicalismo mas utópico. En alguna ocasión incluso las fuerzas antidisturbio llegaron a cargar sin atreverse a traspasar la entrada. Paradójicamente todo aquello se perdió con la restauración

democrática. Un cínico hubiera dicho que los objetivos se habían cumplido. Dependientes directamente del Instituto de Ciencias de la Educación, creo que en todo el país solo habían por aquel entonces cuatro institutos como el nuestro¹. En el *Joanot Martorell* no solo estudiaban los alumnos, también los profesores tenían que aplicarse investigando sobre nuevos métodos pedagógicos. Y sin duda Gloria era una de las profesoras más aplicadas en ese sentido. Para nosotros y por aquel entonces, estudiantes de bachillerato² en horario nocturno y procedentes barrios obreros del extrarradio de Barcelona, el arte era algo lejano y distante al que accedíamos de una forma indirecta cuando en la televisión o en algún periódico o revista se hacía alusión a algún clásico tipo Velázquez o Goya o como mucho nombraban a Picasso o a Miró procurando no entrar en detalles que pudieran despertar sospechas de carácter político. Aunque éramos unos grandes consumidores de cómics y adictos al cine, seguramente se podían contar con los dedos de una mano y aún sobrarían, aquellos de nosotros que alguna vez había visitado un museo y no digamos ya una galería de arte. En el mejor de los casos también podía ocurrir que alguien tuviera una afición especial o una destreza particular relacionada con el dibujo o la pintura y que eso diera lugar, como mucho, a comparaciones o cambios de impresión que por lo general no sobrepasaban la eterna cuestión del parecido con el modelo. Este último era mi caso. A pesar de no haber ningún precedente en la familia a mi me encantaba dibujar. Magdalena Mira, la profesora de dibujo del instituto me encargaba ejercicios prácticos fuera de clase y a petición propia y cuando mi vocación se convirtió en un conflicto familiar Magdalena me fue de

¹ IEP *Joanot Martorell*, del ICE de la Universidad autónoma de Barcelona; IEP *Apolo V* del ICE de la Universidad Central de Barcelona; IEP *Padre Manjón* del ICE de la Universidad de Granada y el ICE *Tafira* en Las Palmas de Gran Canaria del ICE de la Universidad de la Laguna.

² B.U.P. Bachillerato Unificado Polivalente, Ley General de Educación de 1970

gran ayuda. Me dijo, nunca lo olvidaré: *-pregúntale a tus padres cuántas cosas pueden nombrar que antes no hayan sido dibujadas-* Mi padre había sido zapatero y en más de una ocasión lo había visto utilizar la tiza para marcar el cuero o la goma de unas suelas. Y mis hermanos que eran paletas, estaban perdido sin un plano. Quizás fue entonces cuando tomé conciencia del valor de mis propios dibujos: ya no eran solo garabatos, como alguna vez me habían dicho. Dibujar también era una forma de pensar, de entender el mundo. Gloria fue la primera persona que me invitó a visitar los museos de la ciudad con un lápiz y un papel siempre dispuesto para tomar nota y aprender directamente de las obra originales. Aunque nos parecía más una guía turística que un tratado sobre arte, con *Barcelona pam a pam*³, Gloria consiguió que una *panda* del extrarradio se *pateara* la ciudad como si fuera un juego, intentando localizar y reconocer las obras de arte y la arquitectura que Alexander Cirici ponía al descubierto en su magnífico libro. Además de animar una tertulia que montamos en el Casino de l'Hospitalet fuera del horario de clase, con Gloria hicimos algo que hoy puede parecer normal pero que por aquel entonces, al menos para nosotros, nos pareció extraordinario: organizó una magnífica excursión al Pirineo para que conociéramos de primera mano la arquitectura románica. La frontera entre el deseo de vivir de aquel grupo de adolescentes y el de conocer cosas nuevas se desdibujó durante aquellos días y en algunos para mucho tiempo. Sin duda fue una experiencia de la que todos aprendimos mucho pero sobre todo fue divertida e inolvidable. Tan inolvidable como las circunstancias en las que años mas tarde volvería a encontrarme con Gloria. Fue en los pasillos de la Facultad de Bellas Artes de Barcelona. Pero esta vez ya no fue como profesora y alumno, sino como compañeros de estudio. Yo estaba terminando aquella carrera a la que precisamente Gloria, junto a Magdalena y otros profesores, me

³ CIRICI PELLICER, Alexandre: *Barcelona pam a pam*, Editorial Teide, Barcelona 1976

había animado a cursar al terminar el bachillerato y ella había decidido matricularse para liquidar una cuenta pendiente que tenía con su vocación de pintora y de paso poder dar sus clases de Historia del Arte con más conocimiento de causa. Llegamos a coincidir juntos en alguna clase.

II

Cuando bajé del avión cargado de todos esos recuerdos no pude evitar fundirme en un abrazo con Gloria. Había pasado el tiempo y algunos se habían quedado por el camino, pero allí estábamos los dos con la misma ilusión por vivir y aprender cosas nuevas. En el Instituto Español Juan Ramón Jiménez de Casablanca se iban a celebrar unas Jornadas Culturales entre finales de Marzo y las primeras semanas de Abril y Gloria, que era la encargada de organizarlas, me había invitado como director y realizador de *Una mà de contes* para que además de contarles unos cuentos a los niños y proyectar algunos capítulos, le explicara a los profesores en qué consistía mi trabajo y cómo funcionaba el programa. Desde que habíamos puesto en marcha la web, la comunicación con los espectadores en general y con algunas personas especialmente interesadas por nuestro trabajo se había hecho más fluida. En la distancia habíamos ido manteniendo una mínima comunicación, yo sabía de las andanzas de Gloria por Andalucía y del trabajo que estaba haciendo en Marruecos y Gloria, por su parte, a pesar de la distancia, se había convertido en una entusiasta de *Una mà de contes* gracias a la red. La ocasión me pareció idónea para que el programa se abriera a nuevas aventuras. La misma Rosa León, recién nombrada directora del Instituto Cervantes en Casablanca y con una larga experiencia en programas infantiles me llamó

personalmente para manifestar su interés en conocer el proyecto de primera mano. Ya no se trataba sólo de mostrar nuestro trabajo a través de la venta de derechos a diferentes televisiones de todo el mundo o de exponerlo en congresos o festivales a especialistas en el tema, era la primera vez que podía contactar directamente con un público de otro país, con otra cultura. Al instituto Español Juan Ramón Jiménez no solo iban a estudiar españoles o hijos de españoles afincados en Casablanca. La mayoría de los alumnos son de origen marroquí y para ellos, cursar los estudios en un centro español o francés significa tener la oportunidad de poder acceder con más facilidad a las universidades europeas. Los gestos son importantes y aquella invitación era algo más que el reencuentro entre dos buenos amigos. De todo el estado español, Catalunya es una de las zonas donde hay más emigración magrebí, y posiblemente para muchos de aquellos niños, que nunca habían salido de su país pero que tenían una idea de por dónde quedaba Barcelona, aquella sería la primera vez que alguien les contaba un cuento en catalán.

Después de presentarme a los demás profesores y responsables del Instituto, Gloria me presentó también a algunos de los invitados que participarían en las actividades de la Semana Cultural, y entre ellos a Mohamed El Ouarit. Tratándose de contar cuentos, Gloria supuso que Mohamed y yo nos entenderíamos bien y en efecto, así fue. Profesor de lengua y cultura árabe durante más de treinta años en el Colegio Español Ramón y Cajal de Tánger, Mohamed se acababa de jubilar y dedicaba su tiempo a inventar cuentos, poemas y canciones que después le contaba a los niños allí donde lo llamaban. Realmente Mohamed es un *maestro*: durante los dos días que compartimos en Casablanca, cada vez que entraba en una clase y empezaba a hablar con los niños, los dejaba encantados con sus palabras. Cuando no se tienen medios ni la infraestructura mínima necesaria para poder enseñar, la palabra, la palabra

desnuda, el saber hablar, saber contar y cantar, narrar, saberse explicar de manera que los demás te entiendan es de vital importancia. Aunque a mí también me gusta dar clases por que así aprendo de los que me escuchan y sobretodo de mis propias contradicciones, no se puede decir que yo sea un *maestro* y quizás por eso cuando me cruzo con personas como Mohamed siento un gran respeto. Tener la paciencia cada día de embaucar a una *manada* de pequeños salvajes para que en el futuro se conviertan en ciudadanos responsables y en personas maduras capaces de valerse por si mismas, en la mayoría de ocasiones en las condiciones mas precarias, me parece un auténtico milagro en un tiempo como el nuestro supuestamente regido por la razón y la técnica. Después de que Mohamed me explicara el calvario burocrático que estaba viviendo para cobrar su humilde pensión de maestro y de intercambiarnos algunos cuentos y anécdotas, nos retiramos finalmente a reponer fuerzas, pues al día siguiente nos esperaban un montón de niños dispuestos a estrujar nuestra imaginación hasta donde fuera posible.

Basta salir de las grandes ciudades europeas o norteamericanas, de los lugares de moda o los centros de poder, para darnos cuenta de que lo de la *globalización* es un mito más en torno al cual construimos expectativas que no siempre se cumplen. No era fácil conectarse a Internet desde Casablanca y cuando lo conseguías la velocidad de navegación no era apta para cardíacos. Para cuando la página que llamabas se terminaba de cargar y se podía visualizar en pantalla, ya había agotado todos los argumentos y alguien soltaba aquella terrible frase: *-¡lástima de conexión, parece muy interesante todo lo que explicas!* Estaba en un país del llamado *tercer mundo* y eso significa que debes retrasar el reloj del progreso al menos hasta los últimos despojos que el llamado *primer mundo* ha tenido a bien *donar*. Así que, precavido había cargado en la maleta con toda la colección de *Una mà de contes* en DVD y no tendríamos una

conexión suficientemente operativa como para que los niños pudieran trabajar con la web del programa, pero sí teníamos a Hasan, un conserje magnífico que controlaba el sistema de proyección para video a las mil maravillas. Aunque a primera vista pudiera parecer precario, el dispositivo técnico no falló ni una sola vez durante los dos días que lo estuve utilizando. No es necesario derrochar medios para ser eficaz, basta con saber sacarle partido a lo poco que se tiene. Y eso fue lo que hizo Gloria conmigo. Tenderme una emboscada. Lo que inicialmente iban a ser dos sesiones se convirtieron en dos días contando cuentos sin parar. Al parecer les había gustado el juego que les propuse y los grupos empezaron a sucederse uno tras otro sin descanso. En un principio me pareció bien pues cuantos más niños, mas material produciríamos para lo que me había propuesto hacer, pero aún así ni el entusiasmo me libró de terminar agotado aquel primer día.

III

El juego en cuestión, que se basaba en reinterpretar material del mismo programa, podía llamarse algo así como *De la palabra a la imagen y volver*. De alguna manera invitaba a los niños a reproducir la metodología de trabajo que utilizábamos para hacer el programa: partir de un texto como fuente de inspiración para producir unas imágenes y después reelaborar ese mismo texto para ajustarlo a la peculiaridad de las imágenes resultantes. La propuesta era muy sencilla: les leía un cuento y ellos tenían que dibujar lo que se les ocurría mientras escuchaban; después veíamos cómo ese mismo texto lo resolvía un artista a través de uno de los capítulos de *Una mà de contes*. La segunda parte consistía en enseñarles una imagen fija y que a partir de ella se inventaran una historia o dedujeran de qué podía ir el cuento que ilustraba aquella imagen y que a la postre

pertenecía a otro capítulo del programa. Las palabras son mágicas y cada una de ellas puede guardar, como si fuera un tesoro, todo un mundo con sus personajes y aventuras, con sus objetos mágicos y maravillosos, sus países lejanos y exóticos, sus monstruos increíbles, sus héroes y sus doncellas... Lo bueno, en cualquier caso, es que, aunque cada cual se pueda imaginar ese tesoro como quiera, como sepa o como pueda, al final termine por compartirlo con los demás. Esa era la tesis de partida, las reglas del juego. A continuación hacía la prueba con algunas palabras que, sin que lo supieran, saldrían después en el cuento. Una de ellas era la palabra *pato*. En un momento el aula se llenaba de patos imaginados: blancos, negros, de colores, a rayas, grandes, pequeños, cuellicortos, piernilargos... *patos* españoles, *canards* franceses, *borca* marroquí, *bátt* árabes, *ànecs* catalanes, *ducks* ingleses ... habían tantos patos volando por la sala como brazos alzados pidiendo la palabra para describir cómo era el suyo. La otra era la palabra *sopa* que sufría el mismo proceso pero que, relacionada con la anterior y a través de un juego surrealista de libre asociación, terminaba convirtiéndose en metáfora permitiendo que los patos nadaran por un plato de sopa o que acabaran *sopas* por que les caía un chaparrón encima. El viejo mito del lenguaje: el mundo reducido a palabras, las palabras generando nuevos mundos.

Cuando Gloria me llamó a Barcelona le propuse rescatar un par de capítulos del programa inspirados en cuentos de tradición árabe. Uno era *El barret magic*, una preciosa historia de amor procedente de Palestina. Y el otro *El camí de Nasredín*, una recopilación de aventuras, de uno de los personajes más populares en la cultura árabe desde Mongolia hasta Egipto o Siria, pasando por la India, algunas zonas de Italia e incluso Rusia. Subtitulado y traducido en versión catalana, aranesa e inglesa y ya documentado en la página web del programa, inconscientes de los problemas que nos acarrearía la conexión a Internet y creyendo que podríamos

desplegar todo un abanico de posibilidades para que los niños participaran, nos decidimos por éste último. Una vez escogido el cuento, con la colaboración de Gloria, de algunos profesores catalanes que trabajaban en la escuela, bastante paciencia y la herramienta de subtitulado de la web del programa, traducimos al castellano *El camí de Nasreddín*. Y allí estaba yo, leyendo *El camino de Nasreddín* en voz alta y valiéndome de mis mejores dotes interpretativas, mientras los niños dibujaban sin parar lo primero que se les venía a la imaginación. Y en otras cosas, patos, los patos que aparecen en la segunda escena del cuento, cuando a Nasreddín le entra hambre y tras fracasar intentando cazar uno, moja un mendrugo de pan en el estanque donde nadaban imaginándose que es sopa de pato. Sin duda mi Nasreddín estaba condicionado por una mirada europea pues gracias a los dibujos de los niños pude ver una realidad más cercana a la del personaje original, a la vez más actualizada y menos *exótica*. Los niños dibujaron *nasredines* con *tarbush*, con atillo, con ropa bereber y con chilaba pero también con tejanos, con camisa, gafas, bambas y viajando en moto o en avión. Terminada mi declamación y después de ver y comentar algunos de los dibujos que habían hecho, proyectamos el capítulo de *Una mà de contes* titulado *El camí de Nasreddín*. Asesorados por Teresa Durán, el guión lo había escrito Carme Messeguer, la música original era de Marc Parrot, y Leonar Beard lo había ilustrado utilizando una técnica con la que los niños enseguida se identificaban: una pizarra y tizas de colores. La fórmula de ver cómo se construye una imagen que avanza y se corresponde a la vez con la historia que va contado la voz en off, parece funcionar en todas partes. Vemos cómo se forma el mundo detrás de cada palabra y cómo lo aparentemente informe toma sentido cuando es nombrado. Era como si estuvieran en la cueva del mago, del mago Leonard en este caso, y como si éste les enseñara sus trucos para aprender a dibujar. Conocían la historia puesto que yo ya la había leído antes, mientras dibujaban, en un idioma que entendían: ahora, oírla en otro idioma que desconocían

era como sentir una música nueva que abría sus oídos. Las cosas se pueden contar de muchas maneras, con una tiza o con un bolígrafo; en diferentes idiomas, castellano, francés, catalán, árabe... y utilizando distintos medios o técnicas: el dibujo, la palabra, el cine y la televisión... y justo ahí está la gracia, lo divertido, sino el mundo sería muy aburrido. Ésa era la idea que intentaba transmitir el juego y en última instancia el programa *Una mà de contes*. El mismo Nasreddín nos dice en uno de sus cuentos: *Si todo el mundo siguiera la misma senda, todos acabaríamos en el mismo lugar; el mundo, perdido el equilibrio, se inclinaría, y todos nos caeríamos al océano*.

Mi intención final era la de recopilar todos aquellos dibujos y colgarlos en la web del programa para que los otros niños vieran cómo podía ser Nasreddín dibujado por niños que vivían en *el país de Nasreddín*. Y aunque la conexión fuera lenta, que de alguna manera, los mismos niños que habían hecho los dibujos pudieran ver cómo otros niños los podían utilizar para acercarse a su cultura, a sus costumbres, a su idioma, a su manera de entender y explicar las cosas. Bueno, ya habíamos hecho el viaje de ida: *de la palabra a la imagen*. Ahora tocaba hacer el de vuelta: *de la imagen a la palabra*. En este caso se trataba de un experimento en toda regla, pues partía de un cuento que todavía no habíamos estrenado por televisión y que planteaba un cambio sustancial en el formato original de *Una mà de contes*. Afianzado en la parrilla de programación, se había convertido en un referente generacional después de nueve accidentados años en pantalla, así que era el momento ideal para trabajar en nuevas fórmulas. Si hasta ahora los artistas, los ilustradores partían de un texto escrito como referencia, con esta nueva fórmula haríamos al revés. Sería el texto el que se inspiraría en una imagen ya existente. El cuento en cuestión pertenecía a la serie de veinte capítulos que acabábamos de producir en colaboración con el Museo Nacional d'Art de Catalunya.

Mezclando la imaginación más delirante con unas gotas de información, se trataba de inventar una historia original inspirándose en un cuadro del museo. El objetivo era incitar al espectador a interesarse por el arte, a que se diera un paseo por el MNAC o por cualquier otro museo, guiado por su propia imaginación. Pero sobre todo, que nuestros espectadores entendieran que cualquier excusa es buena para inventarse una historia, un cuento. El arte también.

El cuento que les iba a pasar como *gran estreno mundial*, pues hasta entonces solo lo había visto el equipo de producción, se titulaba *Cantar com els àngels*, estaba inspirado en un cuadro que se titula “Mare de Déu dels Àngels i sants” pintado en el año 1385 por un artista que se llamaba Pere Serra. El guión era de Victoria Bermejo, la música de Maurici Villaveccia y la realización de Germán García. El juego consistía en enseñarle a los niños solo un fotograma y que a partir de esa imagen dedujeran una historia que después podía o no coincidir con el argumento del cuento que terminaríamos por proyectar. Pero, mira por dónde, sin esperarlo, me vi superado por mi propio público y el juego empezó antes de tiempo. Por aquellas cosas que tiene la técnica, mientras el DVD permanecía en pausa, se disparó automáticamente una imagen en pantalla con la marca corporativa de Televisió de Catalunya. Para mi algo que entraba dentro de la normalidad. Mi sorpresa vino cuando, mientras intentaba explicar en qué consistía el juego, uno de los niños levantó el brazo y entre prudente y curioso me preguntó: *-señor, ¿la cadena de televisión donde usted trabaja es la que esponsoriza al Barça, verdad?- De la imagen a la palabra* efectivamente. Detrás de aquella especie de banderín formado con cuatro barras rojas, acompañado por un tres había todo un mundo y mi presencia allí y en aquel momento era una prueba irrefutable de que aquel mundo era algo más que una ensoñación. No soporto el uso mercantilista que hace el negocio del deporte de la ilusión infantil, ni la actitud caritativa respecto a los problemas reales de los

niños, sin embargo allí estaba yo investido de una supuesta credibilidad que no había buscado, gracias a que el *Barça* es *mes que un club*.

Verbalizar, ponerle nombres a las cosas, designarlas para podernos referir a ellas es una manera de empezar a ordenar el mundo. Y quien dice el mundo dice nuestras propias emociones y sensaciones, aquellas que pudiendo ser motivo de goce y satisfacción, de placer, también lo pueden ser de temor y de angustia. Ponerle un nombre al fantasma, poder hablar y dialogar con él es un signo de maduración. Y el arte es un vehículo ideal para iniciarse en esa práctica. Más allá de la mera funcionalidad, del logotipo o de la imagen de marca como la que había sabido distinguir aquel niño, el arte es un territorio abierto donde lo real y lo simbólico, lo sensible y lo abstracto pueden jugar sin más limitaciones que la propia imaginación. Puesto ya en marcha el video, en pantalla podían ver un pajarito, un jilguero atrapado entre una manos rollizas que fácilmente pudimos identificar como las manos de un niño. Unas manos que a su vez y cerrando el encuadre, estaban rodeadas por los dedos finos y delicados de lo que parecían las manos de una persona adulta. Dedujimos que el pájaro no parecía muy contento, pues tenía el pico y las alas entreabiertas, como si quisiera escapar y además había un hilo atado a una de sus patas que parecían sujetar la mano del niño y la del adulto. El supuesto niño, aparentemente sentado, luce un tocado rosa con remates en oro que, según algunos códigos cromáticos, podrían inducirnos a pensar que estamos ante una niña. Cuando pensamos en un pájaro solemos imaginarlo volando, en el cielo. Es lo que los hace peculiares, el poder volar. ¿por qué estaba entonces entre las manos de aquel niño? O niña ¿lo había atrapado y lo tenía preso? ¿se había hecho daño y lo estaba curando? ¿qué nos estaba contando el pintor de aquel cuadro? Por que no era una fotografía, ni un dibujo, era un cuadro del que casi si podían ver las pinceladas.

Aquellas manos tan finas y delicadas y aquellos ropajes no parecían pertenecer a personas que tuvieran malas intenciones y quisieran hacerle daño al pajarito: todo era muy delicado y tenue, muy vaporoso. El regazo, las mismas manos podía parecer que formasen un nido. Aunque el pájaro se quejara podríamos pensar que estaba retenido para su bien. Como cuando estamos enfermos y aunque tengamos muchas ganas de salir a la calle, tenemos que aguantarnos. Quizás lo que le sucedía es que estaba herido. O quizás no. Los jilgueros cantan muy bien y tal vez lo habían atrapado para meterlo en una jaula y que cantara. Sería curioso, incluso divertido, contrastar, hacer un estudio comparativo entre el valor simbólico que una cultura determinada le otorga a una imagen y la lectura que de esa misma imagen se puede hacer desde una cultura diferente. El cuadro al que nos estamos refiriendo tiene un alto contenido religioso. Desde el programa siempre intentamos eliminar las alusiones religiosas y reducirlas a meras impresiones. Desde el punto de vista iconológico, la interpretación de los niños no iba tan desencaminada. El jilguero, en efecto, hace alusión a una herida pero de otro tipo. La imagen del pájaro, asociada casi siempre a lo espiritual, se identifica aquí, en el caso del jilguero y según la tradición medieval, con un presagio de la pasión de Cristo. Primero por tratarse de un ave que se alimenta de cardos espinosos, en alusión directa a la corona del crucificado. Y segundo por la mancha roja que caracteriza el plumaje del *Carduelis carduelis* y que según esa misma tradición vendría provocada por una gota de sangre que le cayó al volar junto a la cruz. Para el sabio musulmán Ibn Haldun, conocedor del viaje arte de la ornitomancia, para una buena interpretación no basta con interpretar la alimentación y el color del ave en cuestión, también tenemos que tener en cuenta la dirección del vuelo. En fin. Era el momento de despejar la incógnita que se escondía más allá de los límites de aquella imagen, atrapada en el encuadre de la cámara. Era el momento de proyectar el cuento.

Realmente es un texto muy inspirado pues la historia que plantea está casi toda concentrada en el fotograma que les mostré a los niños y que coincide con el centro de atención de la composición de Pere Serra. Cuidadosamente organizados por Germán, el realizador, las diferentes tomas van recorriendo el cuadro confirmando muchas de las observaciones que los niños habían hecho y coincidiendo en más de una ocasión con el argumento que había desarrollado Victoria. El canto del jilguera fue un motivo ideal para que el músico, Maurici se luciera poniéndolo en relación con las figuras que, en un momento determinado, descubrimos rodeando la escena y tañendo diferentes instrumentos musicales. El pajarito se había caído y del susto había perdido el canto, la madre deja que el niño lo retenga hasta que los ángeles, animándolo con su música, logren que el pájaro vuelva a cantar. No son pocos los casos en la Historia del Arte donde una interpretación determinada de una obra ha tenido que corregirse a la luz de un nuevo dato o de una nueva técnica de análisis. Uno de mis preferidos es el caso de Dalí y su análisis *paranoicocrítico* del *El Ángelus* de Millet. ¿Quién iba a decir que bajo la carretilla que separa a las dos figuras había pintado antes un ataúd? Nuestra propuesta invitaba al espectador a hacer su propio recorrido sobre el cuadro, a redescubrir elementos que a pesar del tiempo mantienen su capacidad de significación o a inventar nuevas lecturas en consonancia con su presente. Y allí estaban, atentos, expectantes, contemplando una obra de hace unos setecientos años como si fuera una película de dibujos animados que emiten por la tele. Ahora reían, ahora comentaban, ahora se mantenían en silencio. Al final aplaudían. El test había llegado a su fin. El experimento había sido un éxito. En el plazo de un mes aproximadamente empezaría la emisión de los cuentos del MNAC.

Y así todo el día, desde la mañana a la tarde entre las aventuras de Nasredín y los ángeles cantores. Inventando nuevas historias y descubriendo nuevos artistas. Recorrer una ciudad desconocida por

la noche es como adentrarte en un laberinto o como soñar. Vas de un lugar para otro sin tener noción del horizonte, sin tener la seguridad de ser capaz de volver sobre tus propios pasos. Finalmente llegamos a un restaurante en el que Gloria había reservado mesa. Uno de esos locales con solera donde solo van los lugareños y los buenos entendidos. Comimos, intercambiamos anécdotas, desmontamos algún tópico inspirados por los buenos caldos de la casa y ya en la sobre mesa Mohamed me adelantó: *-Manuel, tengo un cuento para ti que te puede gustar.* Durante el camino de vuelta al hotel, Mohamed me contó su cuento. El cuento se titulaba *Amed y Jordi*. Era una historia muy sencilla pero muy evocadora a la vez. Sobre todo explicada con ese acento característico que tienen las personas que hablan en un idioma que no es el suyo. Les prestas una atención especial por si se te escapa alguna palabra que no entiendes bien, por que no está en tu vocabulario habitual o por que no está bien pronunciada y suele haber un aire de intriga o de misterio por que nunca sabes si es que están buscando una palabra que no conocen o están jugando con tu atención. Suele ocurrir que a veces se les escapa alguna expresión en su idioma y aprendes una nueva palabra. Es como si descubrieras de nuevo tu propio idioma sonando con otra música. Ahmed era un niño al que le gustaba poner su nombre a todas sus cosas y un día que estaba jugando en la playa las olas se llevaron su pelota. Cruzando el mar, la pelota de Ahmed fue a parar a otra playa donde jugaba un niño llamado Jordi. Jordi recoge la pelota y también le pone su nombre pero como Ahme, también la pierde entre las olas. Con el tiempo Jordi y Ahmed terminan conociéndose y un día, ya de mayores, en un viaje ven en una isla una mancha roja. Ahmed y Jordi reconocen la pelota que los dos habían perdido y que llevaba inscrito el nombre de los dos. Era la historia de un reencuentro entre dos personas que aparentemente no se conocían y que compartían algo sin saberlo. Los dos éramos cuentacuentos, cada uno vivía en una orilla del Mediterráneo y a pesar de no

conocernos de antes podíamos reconocer las huellas de un pasado común. En aquel momento no supe descifrarlo pero aquel cuento llevaba encerrado un mensaje. Efectivamente, las palabras pueden ser cofres que encierran antiguos tesoros, pero también pueden ser semillas esperando un futuro en el que germinar. Mohamed me había regalado un cuento y yo tenía que agradecerle el gesto. Teníamos que hacer algo con aquel cuento. Además, era la primera vez que iba a Marruecos y no quería irme con las manos vacías. Le propuse a Mohamed grabarlo con mi cámara mientras contaba el cuento. Lo colgaría en la web del programa e intentaría hacer con él un capítulo de *Una mà de contes*. No sabía muy bien cómo pero lo intentaría.

Al día siguiente buscamos un momento para escaparnos y un profesor del Instituto, creo que fue Ángel, nos llevó en su coche hasta uno de los lugares más emblemáticos y misteriosos de Casablanca, la playa de Aïn Diab, justo en frente del islote donde está el Marabout de Sidi Abderrahmane Koubba. Durante el trayecto surgió una diatriba: ¿en qué idioma grabaríamos el cuento? Yo había pensado grabar una versión en castellano ya que Mohamed ya la había escrito para regalármela y en árabe como idioma original del texto; en francés la hubiese tenido que improvisar y tampoco nos daría tiempo. Mohamed es marroquí, nació en Asilah, un pueblecito precioso de la costa atlántica y sabe hablar francés, español, árabe y dâriya. ¡Dâriya! ¡Claro! ¡Se me había olvidado el dâriya!. Nunca me había planteado qué idioma se hablaba en los países árabes. Siempre había dado por sentado que en todos se habla el árabe pero cual fue mi sorpresa cuando en una de las sesiones de cuentacuentos a los más pequeñines de la escuela opté por proyectarles un capítulo que tenía doblado al árabe y resultó que no entendían nada. Las profesoras me explicaron que en todos los países árabes se habla el árabe clásico como idioma común que además se tiene que aprender en la escuela y que después existen

variantes dialectales, según el país y la zona y que es el idioma que se habla en casa o en la calle. La variante de Casablanca, la más común en Marruecos, es el *dâriġa*. AL FINAL OPTAMOS POR EL XXX Cuando llegamos al lugar, el paseo estaba repleto de gente y lo normal en estos casos es que me ponga nervioso y nunca acabe de encontrar ni la luz ni el encuadre perfecto, ni las condiciones acústicas adecuadas. Aquí me funciona muy bien el fondo pero está a contraluz... aquí tiene una luz estupenda pero hay demasiado ruido... Aquí todo me encaja pero estoy muy incómodo y no seré capaz de sostener la cámara bien durante toda la toma sin que se mueva el encuadre... Al final suele ser el reloj el que impone su ley y me obliga a decidirme. Sentado junto a la baranda que da a la playa, con el islote y el mar al fondo, Mohamed leyó su cuento ante la cámara mientras yo, en cuclillas procuraba que no se me escapara ningún detalle. Grabamos varias tomas para asegurarme y poder escoger luego la más acertada. A veces la primera toma puede ser la más espontánea y expresiva pero también puede ocurrir que en la segunda el personaje está mas tranquilo y quede una versión más depurada. O puede ocurrir que de pronto surja la magia y te quedes paralizado sin saber qué camino tomar. De pronto, mientras Mohamed recitaba ante la cámara la historia de los dos niños unidos por una pelota viajera ¿qué aparece al fondo del encuadre? Efectivamente, algo que no estaba planificado pero que suele ser muy habitual en las playas: dos niños jugando con una pelota. Seguro que si los buscamos ese día no hay ni un niño jugando en toda la playa. Pero allí estaban cual Ahmed y Jordi, como si el mismísimo santón Sidi Abderrahmane, cuya tumba teníamos en frente, los hubiera convocado. Creo que al final opté por hacer una panorámica cerrando sobre el mar y coincidiendo con el final del cuento.

Teníamos que volver al Instituto, nos esperaban mas niños dispuestos a escuchar nuestros cuentos. Ángel giró en el mismo

Boulevard de l’océan Atlantique y nos dirigimos de nuevo hacia el centro, al Boulevard ‘d’Anfa donde se encuentra el Instituto. Todavía en el coche y mientras revisábamos las tomas de cámara entusiasmados por la coincidencia de aquellos dos niños jugando a pelota en la playa, se me ocurrió una nueva idea. Le propuse a Mohamed que en una de mis sesiones leyésemos su *Ahmed y Jordi* para que los niños hicieran lo mismo que habían hecho con Nasredín, dibujar el cuento mientras lo escuchaban. Eran un cuento inédito, podía ser interesante ver cómo lo interpretaban los niños con sus dibujos. Sería una manera de tenerlo ilustrado y ¿quién sabe? Seguro que con el tiempo se nos ocurriría algo para hacer juntos con el texto y los dibujos. Mohamed asintió y me dijo que le pareció una buena idea. Nunca sabré hasta qué punto, detrás de aquella aprobación había un simple gesto de identificación y reconocimiento mutuo o la mirada de un sabio que contempla cómo la semilla que ha sembrado va arraigando y tomando forma en la imaginación de otro. La cuestión es que mientras Mohamed les iba leyendo, allí estaban, como frutos nuevos, brotando del papel, de los blocs y las libretas, los dibujos de los niños, reflejando con la más cruda inocencia su propia realidad: pateras que se cruzaban con la pelota del cuento en medio del mar, mapas de corrientes marinas, folios divididos en dos orillas, islas de ensueño... y para mi asombro un mapa donde podían distinguirse *els països catalans*: una clara franja vertical dispuesta en la costa mediterránea de la península ibérica. El fútbol, los medios de comunicación, internet, las cartas familiares y las visitas en vacaciones a uno u otro lado... tal vez no nos conocíamos pero la pelota de Ahmed y Jordi representaba algo que, sin saberlo, sin ser conscientes de ello, no unía.

Para cumplir con mi programa solo me quedaba la sesión con los profesores. A la mayoría ya me los había presentado Gloria. Me llamó la atención que algunos de ellos vivieran en apartamentos de un mismo edificio. Para los que tenían hijos, era una solución muy

cómoda. Podían dejar las puertas de casa abiertas para que las criaturas entraran y salieran a su antojo y eso les ayudaba a crear cierto ambiente de comunidad. Es cierto que los maestros que trabajan en otro país tienen algunas ventajas, pero si no sabes organizarte bien no es fácil vivir con la sensación de que todo es transitorio y que, como mucho en tres años, tienes que dejar la plaza que ocupas para volver de nuevo a tu país. Algunos de ellos viajan constantemente. La mayoría de veces por cuestiones familiares: hijos, pareja, padres... Fines de semana, puentes, fiestas... para los que habían escogido ese destino podía ser interesante la experiencia, para los que se lo habían encontrado por una u otra circunstancia era mas complicado encontrar el punto de equilibrio. Gloria me decía: *-es el signo de los tiempos Manuel. A veces me siento como una botella a la deriva. En Barcelona me llamaban la zamorana, en Andalucía la catalana, en Marruecos la española y en Zamora la marroquí. Me consuela no tener que cruzar el estrecho en patera.* A pesar de las resonancias comunes, incluso de ese deseo de compartir que tan bien expresado el cuento que Mohamed Elouarit me había regalado, las diferencias en el modo de vivir y en ciertas costumbres son palpables y a veces cuesta abstraerse de esos pequeños detalles cotidianos que te pueden hacer perder el rumbo. No es poca la responsabilidad que recae sobre estos profesionales de la enseñanza. Al margen del servicio que puedan ofrecer a las personas que viven fuera de su país, y de la función representativa y diplomática que ejercen, teniendo en cuenta el momento histórico que estamos viviendo y especialmente en lo relacionado con el mundo árabe, este tipo de escuelas son espacios de vital importancia para desarrollar y fomentar valores de convivencia y entendimiento entre la gente. Viéndolos allí sentados, ante mi, como esperando noticias de casa, aquellas mujeres y hombres normales y corrientes que cada día tienen que lidiar con problemas reales y siempre urgentes, se me antojaban auténticos héroes de la política internacional. Me presenté como director y

realizador del programa *Una mà de contes*, adscrito por aquel entonces al *Departament de programes educatius, documentals i nous formats de Televisió de Catalunya*.

Y como en las sesiones con los niños, a falta de una buena conexión a Internet, opté por proyectar algunos capítulos antes de iniciar mi exposición. Me gusta trabajar con lo que llamo *estrategias orgánicas*. Una acción da lugar a otra y en cualquier momento del proceso puedes identificar el eco de un gesto anterior o la inercia de una decisión que se abre paso perfilando nuevos caminos. Durante la proyección fui subrayando algunos detalles para que los asistentes pudieran hacerse una idea general del proyecto, de la mecánica del programa, de las referencias y los métodos que utilizábamos para trabajar y de las posibilidades que nos iba brindando la fórmula a cada paso. La colaboración con instituciones, con escuelas y artistas de diferentes disciplinas y estilos, la web, las estrategias de marketing... poco a poco *Los tres cerditos* y *Caperucita*, *El señor Nada* y *Nasreddín* entre otros, fueron ayudándome a desvelar el andamiaje que sostenía toda aquella fantasía. Pero la profundidad de una imagen no se mide solo por su capacidad para representar un espacio determinado o para articular un discurso conceptual o técnico más o menos complejo. El hecho mismo de haber viajado hasta Marruecos, a Casablanca, de estar allí en el Instituto español Juan Ramón Jiménez, era una consecuencia directa de nuestro propio interés por desvelar los entresijos del dispositivo, por mostrar cómo se hacen las cosas, qué hay detrás de un imagen y hasta dónde nos puede llevar ésta. Desde mi experiencia como realizador de televisión no era la primera vez que hablaba sobre la importancia y la responsabilidad de los medios de comunicación en la enseñanza, pero obviadas a parte, lo realmente importante para mi y creo que para los presentes en aquel momento, era preguntarse cómo y por qué *Una mà de contes* había llegado hasta allí. Como digo, los gestos son importantes y mi intención no era tanto el

presentar *Una mà de contes* como el ejemplo a seguir y sí como una experiencia de colaboración entre medios e comunicación, creadores e intereses pedagógicos. A aquellas alturas, *Una mà de contes* ya había demostrado sobradamente que además de ser un buen ejemplo de cómo un medio de comunicación de titularidad pública, puede elabora contenidos de calidad susceptibles de ser utilizados en el ámbito escolar, también podía ser y al mismo tiempo, un producto competitivo en el mercado audiovisual. No es fácil romper ese doble binomio cultura-aburrimiento / espectáculo-frivolidad. El programa se había vendido ya ha más de trece canales de televisión en todo el mundo, entre ellos Al-yasira. Y a través de la web, nuestra audiencia además de poder acceder a uno de sus programas preferidos desde la misma escuela, se había ampliado hasta llegar justo allí donde estábamos, en Casablanca. Teniendo en cuenta el contexto en que nos encontrábamos y la especial relevancia que en tales circunstancias adquirirían aspectos tanto de orden geográfico como político o cultural, poder contar con unos medios de comunicación comprometidos con su público, era sin duda de vital importancia. En sentido estricto *Una mà de contes* no es un programa educativo, pero sí tiene en cuenta que para su público los medios de comunicación y especialmente la televisión, además de ser parte integrante de su paisaje cotidiano, son también unas herramientas indispensables para construir su propia imagen de la realidad. No tendría sentido que dichas herramientas no pudieran entrar en la escuela. Especialmente si la excusa para hacerlo es a través del cuento. El gusto por escuchar y narrar historias, el cuento por sí mismo, es un vehículo ideal, capaz de adaptarse a los territorios mas variados, de acoger sin prejuicio a los viajeros más extraordinarios y de compaginar con absoluta naturalidad tradición y modernidad. En un país como Marruecos, donde la tradición oral, como en la mayoría de países árabes, es tan importante, el cuento podría ser ese vehículo en el que viajan juntos artistas, maestros y medios de comunicación.

El tiempo se nos había echado encima. Mi verborrea habitual nos obligó a atender los ruegos y preguntas en los pasillos de la escuela, mientras las puertas se iban cerrando a nuestras espaldas. Me llamó especialmente la atención el agradecimiento de una de las profesoras de origen catalán. Todos nos pusimos de acuerdo en que era todo un lujo que a través de las nuevas tecnologías de la comunicación nos pudiéramos saltar las barreras idiomáticas combinando soportes, canales y formatos en función las necesidades y las circunstancias de cada momento. En un entorno castellanohablante habíamos dado a conocer a unos niños, la mayoría de origen magrebí, un programa de televisión en catalán con el que podías practicar inglés a través de su web. Gloria estaba encantada con la experiencia y a mi me llegaba el momento de volver a Barcelona. A ella todavía le quedaba trabajo por delante, la Semana Cultural no había hecho mas que empezar, pero al día siguiente, antesde coger el avión, aún tuvimos tiempo de dar un paseo por el mercadillo de Las Brujas donde me explicó que decir *no* cuando rechazas algo que te ofrecen podía resultar algo agresivo y que era mejor decir *Bukra Insh'allah*, que significa *mañana, si Dios quiere*. Entre callejones atestados de gente, Gloria me llevó hasta un lugar muy especial. Efectivamente, nunca deja de asombrarme todo lo que tiene que ver con el dibujo: en la penumbra de una caseta apartada, casi a oscuras, podían verse un montón de manos de mujer moviéndose, girando sobre sus muñecas. Pagando la cantidad correspondiente te dibujaban el cuerpo con *henna* y aquellas mujeres movían sus manos surcada de sofisticados laberintos, para que el tinte se secara y quedara fijado el dibujo. Pensé en sacar la cámara fotográfica pero además de un riesgo hubiese sido, sobre todo un gesto de mala educación. Después de comprar un estupendo té verde marroquí volvimos a la escuela. Mohamed también había terminado su trabajo y teníamos que hablar de

Ahmed y Jordi no podía marcharme sin despedirme de él y hablar de su cuento.

Gloria estaba muy contenta pues después de todo el esfuerzo había conseguido que Mohamed y Manuel se hicieran amigos. Hay muchas cosas que nos pueden hacer felices en la vida pero si hay algo que nos puede hacer especialmente felices es conseguir que dos personas que no se conocen de nada y que nunca antes se habían visto en la vida, se conozcan y además se puedan hacer buenos amigos aunque solo sea por un ratito. Y ese fue el caso de Mohamed y Manuel y por eso cuando se despidieron de Casablanca, Gloria estaba especialmente contenta y emocionada. Apenas habían sido dos días y no sabían si se volverían a ver pero los dos le dieron las gracias a Gloria y un beso cada uno despidiéndose hasta la próxima ocasión. Antes de marchar, Mohamed le dijo a Manuel: -por cierto, tengo un hijo en Barcelona, se llama Ouarid y trabaja en un hotel en el centro de la ciudad, si algún día pasas pásate a saludarlo y dile que somos amigos-

Durante el trayecto de vuelta a Barcelona Manuel no deja de pensar en qué podía hacer para trabajar de nuevo con Mohamed y para inventarse una nueva historia que contarle a los niños. Miraba por la ventanilla del avión y se sorprendió de lo cerca que está Marruecos de España. Nunca había ido a África y de pronto aquel trocito de mar que separaba un mundo de otro le pareció a penas un arrollo que se podía saltar de un brinco visto desde las nubes. -¡Ya está!, ¡ya lo tengo!- se dijo Manuel. Se revolvió en el estrecho asiento del avión, sacó su libreta de notas y empezó a escribir sin parar y de un tirón: "Nasrudín en Barcelona" en la pantalla vemos unas manos que abren un sobre. Del interior del sobre sale una carta escrita en árabe, unos dibujos infantiles y una fotografía donde vemos a Mohamed rodeado de niños que lo están escuchando. Volvemos a ver la carta manuscrita en primer término y oímos la voz de un

hombre que la lee. Es una carta que le ha escrito Mohamed a su hijo y en ella vendría a decir lo siguiente: “querido hijo, como puedes ver en la foto que te envió, el otro día estuve en una escuela contando unos cuentos a los niños y me acordé mucho de ti. Te mando unos dibujos que hicieron los niños mientras les contaba algunas aventuras de Nasredin. Siempre te gustaba que te las explicara antes de irte a dormir cuando eras pequeño, ¿te acuerdas?” En este momento dejamos de ver la carta y los dibujos de los niños empiezan a animarse para explicar las historias que Mohamed ha contado en la escuela.

La historia va de un padre que le dice a su hijo que ya se está haciendo mayor y que ya va siendo la hora de que encuentre su camino. Nasredin, el personaje de la historia inicia sus aventuras y después de varias peripecias y pasado el tiempo, se hace mayor y un día se siente solo y decide volver a su casa pues echa de menos a sus padres. Cuando vuelve sus padres lo reciben muy contento pues Nasredín, en sus aventuras ha conseguido que todo el mundo lo respete y hable bien de él hasta tal punto que su fama llega a oídos de sus padres y cuando éstos lo ven de nuevo se alegran de que su hijo sea tan estimado por todo el mundo. Nasredin es feliz de ver a sus padres felices y siente que ha encontrado su verdadero camino: hacer feliz a los demás con sus ocurrencias y su imaginación. Después de ver el cuento ilustrado con los dibujos de los niños, volvemos a la carta que termina diciendo algo así: ...”hijo mío, te envío recuerdos de tu madre y tus hermanos, sabes que te queremos mucho y que confiamos en ti, un abrazo y un beso” . En la pantalla vemos al hijo de Mohamed que emocionado se guarda la carta en el bolsillo junto a la foto de su padre y los dibujos de los niños y se marcha a trabajar. Vemos al hijo de Mohamed caminado por Barcelona. El hijo de Mohamed es Nasrudin que ha partido de la casa de sus padres en Tánger y está en Barcelona buscando su propio camino.

[Nasreddín a Barcelona](#)
[El camí de Nasreddín](#)
[Contes a fons](#)